



MISA CRISMAL

Concatedral San Nicolás, 26 de marzo de 2018

Señores obispos eméritos de nuestra diócesis, D. Victorio y D. Rafael; hermanos diáconos y presbíteros, especialmente aquellos que celebráis las bodas de oro y de plata de ordenación; hermanas y hermanos consagrados, y hermanas y hermanos todos.

Celebramos con alegría esta Misa Crismal, que tiene tan alto significado en la vida de la Iglesia diocesana y que hace que nos sintamos como anticipando y pregustando el Jueves Santo, y, por tanto, sintiéndonos ya en los días santos en los que conmemoramos la manifestación definitiva del amor de nuestro Salvador en su Misterio Pascual.

En el centro de la liturgia de esta mañana está la bendición de los Santos Óleos: el óleo para la unción de los catecúmenos, el de la unción de los enfermos, y el Crisma para los grandes sacramentos que confieren el Espíritu Santo: Confirmación, Ordenación Sacerdotal y Ordenación Episcopal.

En los Sacramentos el Señor nos toca por medio de los elementos de la Creación. La unidad entre creación y redención se hace visible. El pan y el vino son frutos de la tierra y del trabajo del hombre. El Señor los ha elegido como portadores de su presencia. El aceite es símbolo del Espíritu Santo y al mismo tiempo, nos recuerda a Cristo: la palabra “Cristo” (Mesías) significa “el Ungido”. La humanidad de Jesús está inserta, mediante la unidad del Hijo con el Padre, en la comunión con el Espíritu Santo y, así, es “ungida” de una manera única, y penetrada por el Espíritu Santo.

Lo que había sucedido en los reyes y los sacerdotes del Antiguo Testamento de modo simbólico en la unción del aceite, con la que se les establecía en su ministerio, sucede en Jesús en toda su realidad: su humanidad es penetrada por la fuerza del Espíritu Santo. Cuanto más nos unimos a Cristo, más somos colmados por su Espíritu, por el Espíritu Santo. Nos llamamos “cristianos”, “ungidos”, personas que pertenecen a Cristo y por eso participan de su unción, son tocados por su Espíritu. Dejemos que estos Santos óleos que vamos a consagrar, nos recuerden el ser y la tarea inherente a la palabra “cristiano”, pidiendo –como deseaba S. Ignacio de Antioquía- que no sólo nos llamemos cristianos, sino que lo seamos verdaderamente cada vez más.

Notemos, por otra parte, un aspecto significativo de esta Misa Crismal, de la consagración de los Santos óleos, y que es que es acción esencialmente “para” todo el cuerpo de la Iglesia diocesana, significando la unión sacramental de toda ella, visibilizada en esos óleos que, terminada la celebración, saldrán desde aquí para llegar a todos los lugares de la diócesis, destinados a ungir a los hijos e hijas de esta Iglesia de Orihuela-Alicante, a ungir en el Espíritu, por las acciones sacramentales, a aquellos para quienes los vamos a consagrar. Misa Crismal: expresión de comunión, de unidad y caridad sacramental. Misa Crismal: con el Presbiterio congregado en torno al Obispo, para renovar sus promesas, expresión de Unidad Sacramental y de Servicio para el Pueblo de Dios.

Todo esto guarda profunda sintonía con aquello que expresaba papa Francisco en su primera Misa Crismal como Sucesor de San Pedro. Allí reflexionaba acerca de las lecturas que acabamos de escuchar, notando como en ellas, incluido el Salmo, se habla de los “Ungidos”: el Siervo de Yahvé de Isaías, David y Jesús, los tres –dice- tienen en común que su unción es para los demás, para el Pueblo de Dios, para las personas necesitadas a las que sirven: Su unción es para la liberación de los prisioneros, para la devolución de la vista a los ciegos y para la evangelización de los pobres.

Y, en su reflexión, llega a ver en el salmo 133 una imagen muy reveladora de esto, del significado de ese ser “para” del Santo Crisma. Dice el Salmo: “Es como óleo perfumado sobre la cabeza, que se derrama sobre la barba, la barba de Aarón, hasta la franja de su ornamento” (v.3). Es –dirá el papa- imagen del óleo que baja y se derrama a través del ungido, hasta los confines del universo representado mediante las vestiduras: “el óleo precioso que unge la cabeza de Aarón no se queda perfumando su persona sino que se derrama y alcanza <<las periferias>>. El Señor lo dirá claramente: su unción es para los pobres, para los cautivos, para los enfermos, no es para perfumarnos a nosotros mismos, ni mucho menos para que la guardemos en un frasco, ya que se pondría rancio el aceite...y amargo el corazón”.

Así, –desde todo esto- pide y urge a experimentar nuestra unción, su poder y eficacia redentora, a no minimizar el poder de la gracia de Dios en nosotros, que se activa y crece en la medida que salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás. A este propósito, y ante ciertas parálisis y desánimos, apuntaba papa Francisco con su lenguaje directo: “el sacerdote que sale poco de sí, que unge poco...en vez de mediador, se va convirtiendo en intermediario, gestor...no hay corazón...de ahí proviene la insatisfacción de algunos, que terminan tristes...y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o bien de novedades, en vez de ser pastores y pescadores de hombres...; en ese mar del mundo actual...sólo vale la unción –y no la función- y resultan fecundas las redes echadas únicamente en el nombre de Aquel de quien nos hemos fiado: Jesús”.

Es, en definitiva, una clara invitación a fiarnos del Señor, de la gracia con la que nos ungió en nuestra ordenación, un acto de fe firme de que jamás la gracia del Sacramento, su gracia, nos abandona; y un llamamiento a recordar que los dones

recibidos son para el Pueblo de Dios, a través de nosotros, por medio de nosotros como mediadores, y a la vez partícipes y enamorados de la gracia recibida para los demás.

Esto es algo que nos lleva lejos de vivir para nosotros, lejos de individualismos y vidas arregladas a nuestro aire y comodidad, sino que, al contrario, nos conduce a vivir unidos por Él para los demás, servidores y misioneros para ellos, atravesados –mente y corazón- por el amor a Él y a las personas y comunidades en las que somos enviados suyos para remediar esa lista de necesidades de las que hablaba Isaías y Jesús en el Evangelio de San Lucas.

Todas estas convicciones quedan muy bien expresadas en el actual documento de referencia para nuestros seminarios y presbíteros, la nueva “Ratio Fundamental”, “El don de la vocación presbiteral”, que en su Introducción, al precisar la “finalidad” del proceso formativo de las vocaciones al sacerdocio, presenta el perfil sacerdotal al que se debe aspirar, afirmando que se trata de “formar discípulos y misioneros enamorados del Maestro, pastores con olor a oveja, que vivan en medio del rebaño para servirles y llevarle la misericordia de Dios. Para ello es necesario que cada sacerdote se sienta siempre un discípulo en camino, necesitado constantemente de una formación integral, entendida como una continua configuración con Cristo”.

Hermanos sacerdotes, los fieles laicos encontrarán en otras muchas personas aquello que humanamente necesitan, pero sólo en el sacerdote podrán encontrar, simultáneamente, la Palabra de Dios que siempre debe tener en los labios; la misericordia del Padre, abundante y gratuitamente dada en el Sacramento de la reconciliación; y el Pan de vida nueva, alimento y respuesta definitiva al hambre de sentido y de inmortalidad de toda persona.

Mis queridos hermanos sacerdotes: ¿Cómo no alegrarnos de poder invitar a nuestros hermanos, a los que hemos sido enviados, a participar en la mesa del Señor y a habitar en su casa?; ¿Cómo no estar alegres porque Dios quiere que nosotros como sacerdotes, compartamos sus preocupaciones y su misericordia por tantas necesidades que nos rodean en tantas personas?; ¿Cómo no dar gracias al Señor que nos ha llamado a hacerle presente como Buen Pastor que da la vida, que se olvida de sí mismo y encuentra su ser y fecundidad en gastarse por los demás?

Sin duda mi experiencia en cada Visita Pastoral me hace aumentar en gratitud por vuestra entrega, por vuestra dedicación a nuestras comunidades en una época y circunstancias bien difíciles y complejas. Tantas veces solos e incomprendidos. Tantas veces sosteniendo tareas y responsabilidades que sentís que os desbordan. Pero ahí estáis, dando la vida, dando testimonio del Señor, cuidando su Iglesia. Por ello junto a mi gratitud, siempre, mi petición constante de que superéis cansancios y desánimos, bien expresados (muchos de ellos) en el reciente Encuentro Diocesano Sacerdotal, y que los superéis por medio de las dos más firmes referencias vitales para todo sacerdote: la unión sentida y convencida con el Señor, y la unión de amistad y tareas ministeriales entre compañeros. El aislamiento respecto a Él y entre nosotros es muerte. La comunión con Él y entre nosotros es vida; es todo.

Y junto a mi gratitud y mi petición a vosotros, mi súplica a todos los fieles de la diócesis para que acompañéis a vuestros sacerdotes con el afecto y la oración, apoyándoles, compartiendo necesidades y compromisos, y rezando por ellos para que sean siempre Pastores según el corazón de Dios.

Encomendemos a la Santísima Virgen a todos los sacerdotes de nuestra diócesis, a los que estando presentes vamos a proceder ahora a la renovación de nuestras promesas, a los ausentes, en especial a los enfermos y los más mayores, así como a los que están en misión fuera de la diócesis, también a los que nos acompañan desde la casa del Padre; y a todos los queridos hijos de esta entrañable Iglesia de Orihuela-Alicante, en especial a los que recibirán la visita de la gracia por medio de estos Santos Óleos, que todos puedan recibir, ayudados por nuestro ejemplo y oración, el óleo de alegría que nos vino a traer Jesús, el Ungido en plenitud por el Espíritu Santo. Así sea.



✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.